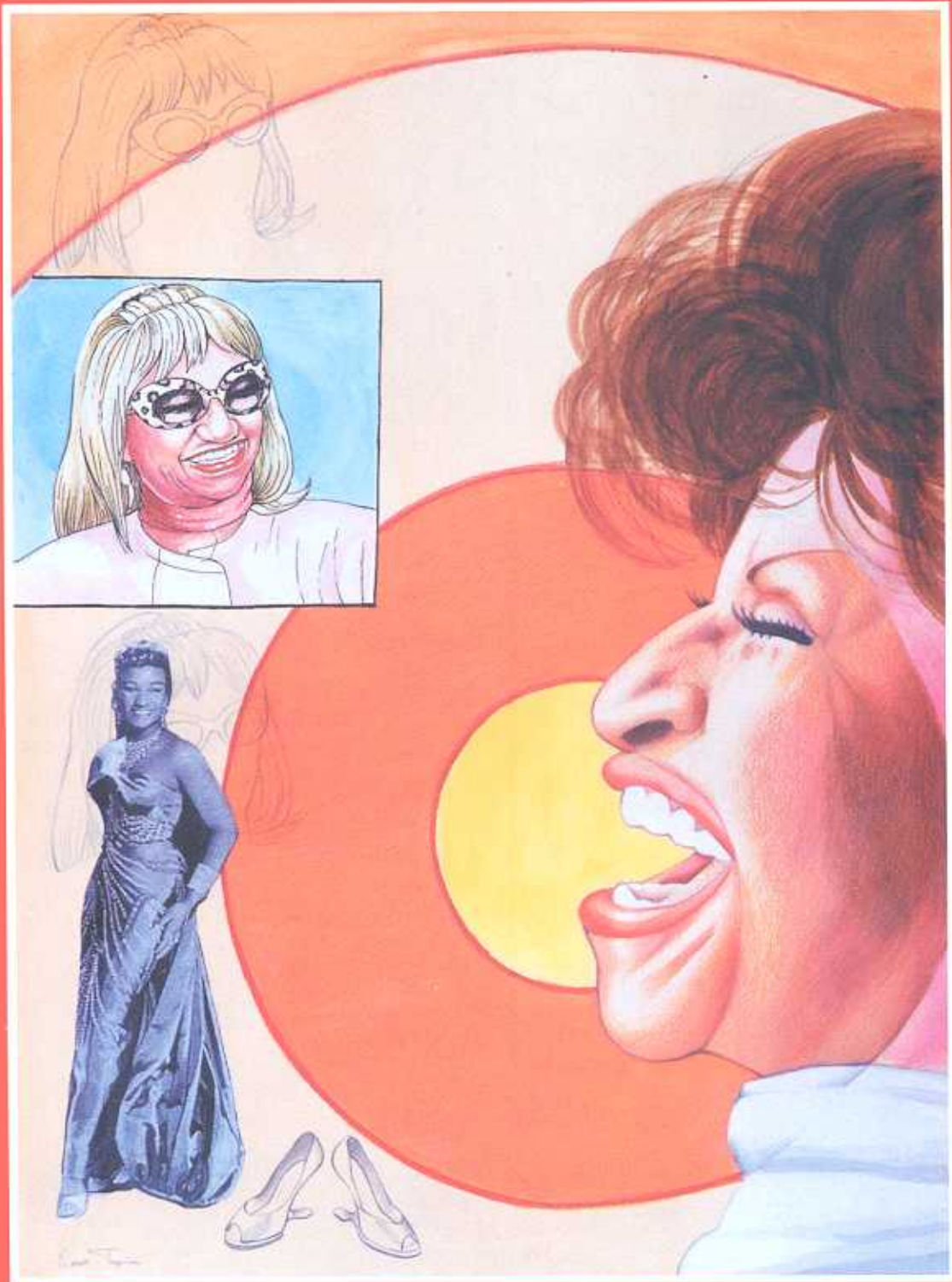


# HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Ponencias del Encuentro de investigadores de música afrocaribe



---

# Cimarronaje y palenque: Itinerario de una identidad cultural.

COORDENADAS DE LA CUMBIA

Jaime E. Camargo Franco\*

De los innumerables ritmos con que cuenta nuestro país en su inventario musical, la cumbia es el que con lujo de valores lo representa y distingue en el ámbito internacional, ya que destella en la solapa del ropaje rítmico del orbe, cual refulgente astro.

En los albores de su génesis y desarrollo, la cumbia contó con dos ingredientes notables para su ulterior perennidad, cuales fueron el fenómeno socio-político del cimarronaje, y el proceso socio-cultural del palenque.

El término cimarrón fue usado inicialmente para designar a los indios, a la vez que a los animales, que habiéndose rebelado contra la obediencia del amo español, se alzaban, o sea que huían hacia la espesura de tierras inhóspitas, convirtiéndose en montaraces, esto es, cerreros, salvajes y hasta feroces. De modo pues que el cimarrón, indio o animal, era un fugitivo.

Posteriormente, el término cimarrón pasó a ser aplicado también al esclavo negro que se dio a las mismas circunstancias.

El cimarronaje fue una esperanza latente acariciada permanentemente en los dos casos anotados, sobre todo por

\*Nació en Cartagena. Médico cirujano, Universidad Nacional de Colombia; especialista en medicina del trabajo, Universidad de Cincinnati. Investigador musical, musicógrafo, crítico y polemista, ha colaborado con los principales diarios del país y las revistas *Afrocaribe*, *Barranquilla*, y *Melómanos-Documentos*, Cali.

el negro esclavo desde el mismo momento en que era plagiado en su hábitat africano para ser desarraigado y transferido a un entorno y unas condiciones adversas, esperanza esta alimentada por ese sentido de libertad e independencia de que siempre ha hecho gala el negro, convirtiéndose, por ende, tal fenómeno, este del cimarronaje, en el más temprano movimiento libertario triunfante frente a la Corona Española. Es así, pues, y habremos de hacer énfasis rotundamente en este aspecto, que la epopeya de la libertad en América se inicia con el cimarronaje.

La sola enunciación de la palabra cimarrón evoca años de injusticia, explotación y maltrato, así como de continuos levantamientos e insurrecciones audaces y sangrientas de toda índole, ya que desde los albores del despunte del Caribe, asistimos a la insurrección en 1522, en la isla de La Española, en el seno del ingenio del virrey, almirante y gobernador, don Diego Colón, de los esclavos a su servicio; y así mismo asistimos también al primer levantamiento de esclavos negros en Santa Marta, en 1529, como también en Cartagena de Indias en 1540, en los inicios de las fundaciones de ambas ciudades, levantamientos que sucedidos después reiteradamente, condujeron a que el cimarronaje se tornara endémico en el litoral caribe colombiano, conformándose núcleos poblacionales dispersos no sometidos a la administración de la Corona, y regidos de por sí en forma completamente independiente.



Instrumentos del conjunto de cumbia.



Tomada de *La música en Cartagena de Indias* de Luis Antonio Escobar, 1985 (LMC).

Cumbiamberito  
en carnaval, 1990.

Hasta la fecha, no se sabe con certeza cuándo comenzó a usarse el dicho termino de cimarrón, de dónde provino, cómo adquirió sus diversos significados, o cuál es su verdadero étimo. Parece ser que la primera fecha de que se tiene noticia del uso de tal término en los documentos oficiales de la época, se remonta a una carta enviada por don Gonzalo de Guzmán, en unión de otros funcionarios reales, al rey, suscrita en Santiago de Cuba a 16 de septiembre de 1530, en donde le informan que “la isla al presente está muy pacífica de indios cimarrones... porque se han castigado hasta los principales de ellos.”

Es así como a partir de esta fecha, 1530, el vocablo se encuentra usado con notoria frecuencia en actas capitulares, memoriales, cartas y otros documentos suscritos ya no sólo en las distintas islas del Caribe, sino en el Continente, encontrándose entre nosotros, en la Nueva Granada, para el año de 1547.

Cabe así mismo destacar que la palabra cimarrón no es europea, es un americanismo, es concretamente una voz indígena (posiblemente taína, de la lengua arahuaca), cuyo significado correspondía a “todo lo que no estaba sometido al dominio del hombre, fuera vegetal o animal.”

Aceptado su origen taíno, José Juan Arrom, aventura la hipótesis de un posible étimo susten-



Foto de Chila Arévalo.

tado en el término *simara*, que en arahuaco significa flecha. Ahora bien, al modificarse la raíz *simara* con la terminación “n” que conlleva el carácter de acción continuada, *simaran* podría significar “flecha desprendida del arco, escapada del dominio del hombre”, esto es, fugitiva, traspolándose el término a los hombres (indios primero, y esclavos negros después, según ya anotáramos), que se alzaban y en su fuga buscaban la tan ansiada libertad, lejos del dominio y los maltratos del amo.

Como vemos, pues, no se deriva de cima, el remate o tope de una eminencia topográfica, como lo asevera el Diccionario de la Real Academia Española, puesto que por lógica deducción no sería en el escarpado pico de una montaña donde se refugiarían los alzados, ya que desde allí sería fácil para los monteros ubicar su paradero por el humo de sus fogatas, a la vez que habida consideración que como los arroyos ni nacen en la cima de las montañas, ni corren cuesta arriba, sería muy poca el agua potable de que pudieran disponer para satis-

Petrona Martínez  
en el Festival  
de la Cultura  
de la Universidad  
del Norte,  
1999.



Foto de Julio Gil Zubiría

facер sus necesidades, y lo mismo es valedero de que en virtud de la erosión ocasionada tanto por las lluvias como por los vientos, hace que las cimas resulten casi siempre terrenos poco fértiles para los sembradíos.

Todas estas apreciaciones expuestas llevan a pensar que la etimología propuesta en el referido diccionario no sea muy convincente. Y lo que es más, de ser aceptable el étimo propuesto por la Real Academia Española, el término cimarrón haría realmente referencia a una característica de la tal cima, esto es, el de ser fragosa, escarpada, de difícil acceso, en gracia al sufijo 'arrom', el cual le confiere al termino cimarrón la connotación de algo rudo, violento, desagradable o desproporcionado, características estas que no son aplicables ni a los indígenas ni a los esclavos negros fugitivos. Por consiguiente, insistimos, tal termino, cimarrón, en este orden de ideas, califica de por sí una característica del paraje donde se hacía fuerte el fugitivo, y no guarda relación alguna, por consiguiente, con cualidades inherentes a la persona del fugado.

El margen estrecho de supervivencia que desafía el negro desde el comienzo de su esclavitud, no le permite otra opción sino la de la resistencia, bien fuera esta pasiva, representada en el suicidio, o bien fuere activa, manifestada por medio de la rebelión, la que indefectiblemente lo conducía hacia la huida al cimarronaje, el cual no dejaba de implicarle la pérdida de la vida al ser o bien perseguido por la milicia española con sus balas y sus perros, o caer abatido al enfrentarse a las dificultades de un hábitat desconocido y hostil.

Desde un comienzo, pues, la resistencia, en cualquiera de las formas ya anotadas, requirió de

una decisión rebelde que conlleva de por sí una sublevación contra el sistema colonial, con lo cual el cimarronaje vino a convertirse en el primer movi-

miento libertario de América, según ya lo hemos anotado, mucho antes que los movimientos de Túpac Amaru, de los Comuneros, o de los negros haitianos.

Y en este terreno, las mujeres, que muchas veces combatieron hombro a hombro con los hombres, también lideraron movimientos libertarios, cual es el caso de la palenquera Polonia, con quien Pedro Ordóñez de Ceballos, en 1614, se vio obligado a pactar concediéndole tierras y su libertad, o el de la legendaria Nanny, en la Jamaica del siglo XVIII, como muestras fehacientes del papel sobresaliente que desempeñaron las mujeres negras en la estructuración de una comunidad que les permitiera desarrollar sus relaciones familiares, en la búsqueda de una identidad cultural.

Ahora bien, esos lugares retirados, inaccesibles, fortificados con empalizadas, donde los negros, especialmente dado su sustrato organizativo tribal, se hacían fuertes colonizándolos, entremezclados no sólo con indios sino con blancos lumpenizados, fugitivos, a su vez, ellos, también, es lo que pasó a conocerse como palenques, reminiscentes de los kilombos angoleños, insertos en la memoria del esclavo negro trasplantado a América, siendo su característica esencial su ilegitimidad e irreverencia, y constituyéndose, por consiguiente, en el mayor problema de orden público que tuvo la Corona española durante la Conquista y la Colonia.

Con este nombre, con el de palenque, fueron conocidos en Colombia, México y Cuba. En Brasil fueron denominados indistintamente como *quilombos*, *mocambos*, *ladeiras* o *mambises*. Como

cumbes fueron conocidos en Venezuela, y en el litoral Caribe angloparlante, en las Guayanas y en el sur de los Estados Unidos, se les dio el nombre de *maroons*.

La jerarquía de mando en el palenque estaba conformada por un jefe supremo que ostentó las denominaciones o bien de rey, o de capitán; un teniente de guerra, que como en el caso del Palenque de San Miguel, fundado en 1684 por Domingo Criollo en los Montes de María, llegó a tener 600 guerreros bajo el mando de Pedro Mina; así mismo un alguacil, un tesorero y un jefe religioso.

Los habitantes del palenque cultivaban parcelas de plátano, maíz, arroz, yuca, ñame, tabaco y caña de azúcar, y preparaban así mismo aguardiente en alambiques de barro. Además, en algunas zonas, criaban ganado vacuno, actividad con la cual estaban familiarizados desde su África natal.

Las relaciones entre estos núcleos poblacionales negros y sus vecinos indios arrochelados, eran muchas veces difíciles, dados los enfrentamientos que se suscitaban entre las partes al apoderarse los negros de las mujeres de los indios, ante la escasez de éstas entre aquéllos.

La estabilidad de los palenques dependió de la organización de su sistema de defensa basada primordialmente en la guerrilla, la cual se sustentaba en la mecánica del “cuagro” o grupo de edades de ambos sexos, como pilares de las escuadras de guerreo, comandadas por un “mello” o mayor que hacía de capitán. El incendio de sus sitios de paso fue una estrategia del período formativo del palenque.

De otra parte, las condiciones de vida del palenque eran precarias, con muy poca ropa y armas muy rudimentarias; mas no obstante, la naturaleza circundante era pródiga en el suministro de abundante caza y pesca.

Cabe citar que cronológica e históricamente el primer palenque que se consolidó en nuestro litoral Caribe colombiano fue el de La Ramada, en 1529, en las inmediaciones de Santa Marta, recién fundada, por consiguiente, en dicha ciu-

dad, y en cuanto hace referencia a la Gobernación de Cartagena de Indias, para 1540, también recién fundada la ciudad, ya había negros huidos en sus cercanías, cosa que para 1575 ya existían palenques en proceso de asentamiento. Es así como para Fals Borda, durante este siglo XVI la ola cimarrona, parte de Cartagena de Indias hacia el sur por la costa de sotavento y configura primero que nada el Palenque de La Matuna, en la orilla de la ciénaga del mismo nombre, en inmediaciones de Gambote, liderado en 1600 por el legendario Domingo Bioho, denominado también como Benkos, patronímico derivado de un recodo del río Senegal; en esta forma se instauraron núcleos de asentamientos cimarrones desde Verrugas hasta San Antero.

Durante el siguiente siglo XVII se llegaron a consolidar tres núcleos de palenques en la Provincia de Cartagena de Indias. Se trataba de los del Norte, en la Sierra del Luruaco, los del Centro, en el llamado Término de María, y los del Sur en la Serranía de San Lucas, entre los ríos Magdalena y Nechí. Este siglo reporta el mayor número de palenques consolidados, llegándose a conocer, dada la situación de pánico e inseguridad creadas, como el Siglo del Terror en Cartagena de Indias. Y ello fue posible en virtud de que en un momento dado el número de palenques constituidos, su intercomunicación con sus vecinos, sus propósitos y acciones, llegaron a tener tal trascendencia en sus alcances, como para formar núcleos federados, como parece ser que fue el caso de los palenques diseminados en los Montes de María, que tenían como epicentro el Palenque de San Miguel.



Tomada de LMC.

Retrocediendo un poco al 1600, vale la pena tratar de dilucidar algunas facetas sobre la personalidad de Domingo Bioho, ya que la imaginativa pluma de Camilo S. Delgado lo catapultó en 1913 hacia la leyenda, a raíz de los artículos novelados publicados en el periódico *El Porvenir*, sobre temas concernientes a la historia de Cartagena; el después famoso Dr. Arcos incurrió en el error cronológico de hacer aparecer a Bioho como fundador del Palenque de San Basilio, situado en los Montes de María, error este que

sería compartido por investigadores de valía como William W. Megenney, a la vez que de paso adornó su historia con un culebrón de telenovela involucrando a una tal Orika, hija de Domingo, en unos amores desgraciados nada menos que con don Francisco de Campos, hijo del capitán Alonso de Campos, al servicio del gobernador de la Provincia de Cartagena de Indias, don Jerónimo de Suazo y Casasola. A este respecto, cabe hacer caer en la cuenta de que el Palenque de San Basilio no vendría a aparecer en la escena histórica del cimarronaje sino 92 años después del ajusticiamiento de Domingo Bioho, ubicado en un entorno distinto al lacustre de su tierra natal. Es así como acotaremos que Bioho, un guerrero bijago procedente de Bioho, una región de Guinea-Bissau en África Occidental, de la que forman parte las islas Bijago o Bissago, y cuya etnia se destacó por su gran capacidad de liderazgo y rebelión, ya que en su patria chica fueron frecuentes las rebeliones y la existencia de kilombos, no pudo haber sido realmente un rey africano que fuera plagiado como cualquier cafre, ya que cuando excepcionalmente esto llegaba a suceder, esto es, el plagio de un personaje tribal, existía la mecánica del rescate, que para ese

entonces, dada la preeminencia del personaje, se tasaba con la entrega de un determinado número de personas, o de ganado. Lo que sí hay que destacar, en cambio, es que a la muerte en 1621 del denominado Rey del Arcabuco, quien había logrado la firma de un armisticio con el gobernador de Cartagena de Indias en 1603, fue la simiente para que en 1713 el Palenque de San Basilio se convirtiera en una parroquia, ingresando en esta forma al modelo y estructura poblacional de la Corona española, habida consideración de las características legales contenidas en la capitulación concertada por Domingo Criollo con las autoridades españolas, para lo cual sirvió de intermediario fray Antonio María Casiani.

La organización de los palenques, así como de los cabildos urbanos (cuyo origen cultural entre nosotros fue predominantemente de la etnia bantú), sirvieron de espejos culturales por medio de los cuales los negros lograron preservar sus costumbres y creencias sacro-mágicas, para de esta forma plantar las raíces de la cultura negra en el litoral Caribe colombiano.

Es aquí, en este contorno del palenque, donde el ritmo y la danza de la cumbia encontraría un terreno fertilísimo para acoger esa manifestación mágico-religiosa-musical que traían como bagaje cultural los esclavos negros de la citada etnia bantú, entretejida en la urdimbre sacro-mágica del bembé.

El negro, en general, es un ser eminentemente musical, y los bantúes, en particular, gozaban de una notable organización cerebral para la percepción, fijación y reproducción de los sonidos musicales. En el desamparo de su esclavitud, desprovisto de toda pertenencia, recurrió a la música que podía emanar de su cuerpo por medio del canto, acompasado del palmoreo. Cuando pudo reconstruir sus tambores tronco-cónicos, mono-membranófonos, fue cuando comenzó el desarrollo y configuración de la cumbia.

Al principio es de suponer que la cumbia debió surgir embrionariamente del tarareo (o laleo) de una tonada, de una simple expresión rítmica, que posteriormente pasó a ser acompañada de sus tambores. Es de recabar que la música y los bailes de los negros era la forma tradicional de convocar a sus deidades ancestrales. Más adelante, cuando ya el esclavo pudo familiarizarse con su entorno y encontrar en su nuevo hábitat una caña sonora similar a la del boyiyel que tañera en su patria,



Tomada de LMC.

iría a agregársele la manifestación melódica de su equivalente, la flauta traversa *caña'e millo*, emisora de un sonido totémico, bronco y selvático.

Configurada y estructurada, la cumbia tuvo una rápida dispersión, a golpe de tambor, por los palenques diseminados a todo lo largo y ancho del entorno geográfico de nuestro litoral Caribe colombiano, ya que por medio de la percusión el negro criollo reafirmaba la victoria de su cultura: es que cuando la pólvora se prende sigue el camino del reguero.

Aquí es pertinente que dejemos consignados los palenques que se consolidaron y pudieron llegar a tener alguna proyección histórica, citando en su mayor contexto, sus correspondientes fechas de establecimiento: Dibulla (1531); Luruaco (1533); Valle de Upar (1550); Ure (1598); Turbana (1603); Zaragoza (1620); Limón y Sanaguare (1633); Tolú (1645); Catendo y Gonzalo (1684); Tabacal, Betancur y Matudere (1693), en el Partido de Tierradentro; Arenal, Bongue, Duanga, San Miguel —San Jacinto—, Barranca, Zaragocilla, Norosi, Cimarrón (1694), cercanos a la Villa de Santa Cruz de Mompo; Betancí (1786); Ladera Judas, Samba, Palizada, Lorenzana y Guamal (1787); San Bartolomé (1799); los de Joyanca, Sanagual, Arroyo Piñuela, Ambuyla, Gabanga, Guacoche y La Paz; los de la ribera del río Magdalena y la ciénaga de Zapallán, y finalmente, los fundados por Manuel Embuyla, Domingo Angola y Manuel Mina.

Tangencialmente, hay que hacer resaltar que este proceso socio-cultural del palenque, como manifestación de una sociedad cimarrona, no fue patrimonio exclusivo de nuestro litoral Caribe colombiano, ya que también tuvo lugar en todo el occidente y centro del país, debiendo citarse la existencia de los siguientes palenques: Tado (1728); Guayabal de Siquima (1731); Castillo (1732); Matima (1756); San Jacinto y Guarne (1777); Cerritos (1785); Pacho (1798); Cartago y Otún (1799).

En términos generales, no todos los palenques evolucionaron como núcleos sociales estables, parejos a un desarrollo completo socio-económico, en virtud de las campañas de asedio y destrucción a que estuvieron sometidos permanentemente, tanto por las autoridades españolas como por el medio ambiente.

Los palenques fueron así mismo perdiendo vigencia en la medida en que la esclavitud se fue desintegrando en virtud de fenómenos socio-eco-



El legendario tamborero colombiano  
Paulino Batata Salgado.

nómicos tales como el interés de Inglaterra en el escenario internacional de un capitalismo industrial, y por consiguiente de la búsqueda de mercados para sus productos, para lo cual estimularon la abolición formal de la esclavitud, así como la liberación de las colonias bajo la férula española.

El nombre de los líderes cimarrones que han ido desfilando a través del discurrir de esta exposición, además de los de Francisco Arara, Domingo Padilla y Pedro Mina, deben inscribirse en el panteón de la leyenda, rayano en el mito, al lado de otros destacados luchadores cimarrones que en otros países de nuestra América generalizaron el cimarronaje como un movimiento independentista contra la sociedad colonial esclavista, como fueron los de: Nat Turner en los Estados Unidos; Yanga en México; Ventura Sánchez y José Antonio Aponte en Cuba; la ya citada Nanny, así como Cud Joe en Jamaica; Cristófer, Dessalines y Toussaint

L'Overture en Haïti; Bayano en Panamá; Andresote en Venezuela; Francisco Congo en Perú, y Ganga Zumba en Brasil.

En el accidentado decurrir del itinerario que hubo de trasegar el negro en la consecución de la ubicación social de su etnia, de su cultura, hubo dos personajes de nuestra magna historia que pudieron haber abogado por ellos, en virtud del protagonismo socio-político que les tocó desempeñar; ellos fueron don Antonio Nariño y el Libertador Simón Bolívar; pero cada uno de ellos, en su oportunidad, les fallaron: Nariño no tuvo en cuenta a las negritudes en la consideración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (como sí lo había hecho mucho tiempo atrás, aunque embrionariamente, san Pedro Claver, cuando los ungió con el bálsamo de su caridad) porque para ese momento histórico el negro no contaba jurídicamente ante la Corona española con estado civil alguno, ya que no pasaba de ser un instrumento de trabajo, o un semoviente mercantil atesorador de riquezas, en contraste con el indio que, como súbdito que era del rey, gozó de toda su protección, la cual quedó plasmada en varias leyes y reales ordenanzas de Indias, que fueron el antecedente embrionario de nuestra seguridad social, y concretamente de nuestra medicina laboral.

Y con nuestro Libertador la cosa fue más frustrante aún, si tenemos en cuenta que él mismo estaba tizado de negro. Para Bolívar, el negro debía ganarse su libertad enrolándose en los ejércitos liderados por él, y a fuer que fue notable el aporte y contribución de ellos. De ahí que lo que pudo conseguirse en el Congreso de Cúcuta por medio de la Ley 1ª de 21 de julio de 1821, no pasó de ser un contentillo configurado en la famosa Ley de Ventres y Manumisión, ya que la libertad real de aquellos seres que pasaron a quedar cobijados por la tal ley, tuvieron que esperar a cumplir la edad de 18 años para que la tal libertad fuera efectiva. Solamente hasta 1851, bajo la presidencia del general José Hilario López, fue cuando el negro obtuvo realmente la tan anhelada libertad, por medio de la ley del 21 de mayo del citado año de 1851.

(A este respecto, y dentro de un paréntesis importante, cabe hacer resaltar que los primeros esclavos declarados oficialmente libres en Cartagena de Indias fueron Eusebia Lora y Víctor del Real, en un acto trascendental que tuvo lugar recién para el 7 de junio del año en mención).

Pero esta libertad conseguida en tal forma no fue suficiente, porque con ello no se cristalizó el real status social del negro como ciudadano, ya que habrían de transcurrir 149 años más, para que por medio de la reciente Constitución de 1991 pudiera adquirir el reconocimiento oficial de su etnia, de su cultura, en un país conformado racialmente por un 20% de negros, con un 40% más de mulatos, por lo que con estas cifras se redondea un 60% de gente peyorativamente rotulada como "de color". Como punto final de este itinerario, este status vino a concretarse del todo por medio de la ley 70 de 1993, sobre las comunidades negras.

Vemos, pues, que si la senda que hemos descrito que tuvo que recorrer el negro para la consecución de su identidad cultural, fue dura y muy luchada, igualmente fue dura y tenaz la lucha que tuvo que enfrentar consigo mismo, comenzando por tener que sufrir el que sus mismos hermanos negros fomentaron en su África natal el plagio, la esclavitud y el comercio humano sostenido con los portugueses, que fueron los primeros en iniciar este baldón que habrá de avergonzar siempre a la humanidad. Es así como se dieron las más variadas circunstancias en que el negro criollo y, lo que era más, el mulato, que ya habían adquirido la condición de ladino al aprender a hablar el español, discriminaban a su hermano de raza por su status de negro bozal recién desembarcado de la madre patria África, y éste a su vez, les correspondía con el mismo trato discriminatorio.

Con el correr de los siglos y mediante el proceso de transculturización, según el tratadista Enrique Patterson, al negro no pareció que le interesara tanto el problema ontológico como el jurídico: en vez de enzarzarse en discusiones sobre "qué es", le ha interesado más aclarar sus derechos. Es así como en este terreno fue proclive a tratar de conseguir cierto grado de "blanqueamiento". La mulata, orgullosa de la sangre de su padre, creería descender en la pirámide social liderada por el blanco, si se entregaba a un individuo de tez más oscura que la de ella. Es así, pues, como la supuesta inferioridad del negro preocupaba y molestaba a muchos mulatos, por lo cual tendían a mantenerse aparte de su propia etnia, lo cual les impelía a realizar uniones maritales entre sí, y no con negros propiamente. También es de tener en cuenta que cuando llegó a consolidarse un sector negro-mulato-libre de artesanos que se apropiaron de casi todos los oficios, se fue conformando un sector acomodado negro que llegó a constituir una pequeña



pero importante burguesía aculturada en el patrón de la clase dominante blanca (que los rechazaba), pero segregada del resto de la propia población negra (que a su vez también la repudiaba), a la cual pertenecía como etnia pero no como cultura.

Para dar por terminada nuestra exposición, cabe destacar, pues, que el cimarronaje y el palenque fueron las condiciones socio-económicas y políticas con que contó la cumbia para su estructuración y consolidación. Para el español, el esclavo africano era poseedor de una sólida estructura socio-cultural, y éste fue el factor más temible del cimarronaje. El conquistador le temía al zambaje por la predominancia del negro sobre el indio. Y así las cosas, este zambaje fue ineludible, puesto que fue tomando cuerpo desde los mismos albores del palenque. El negro urbano, transculturado, bailaba —en las fiestas de Reyes, de san Sebastián, de la Virgen de la Candelaria, de carnavales o de Corpus—, su danza ritual de la cumbia al son de sus tambores, sus guaches y su *cañ'e millo*. De otra parte, de la familiaridad y cotidianidad del indio con esta música, desde allá en el ámbito del palenque, devino la incorporación a la organofonía de la cumbia de las cadenciosas y melódicas gaitas indígenas *cabeza'e cera*, con lo cual se cristalizó el acrisolamiento del sincretismo musical entre las dos culturas convivientes.

De acuerdo a todo lo anterior expuesto, la cumbia ha sobrevivido no sólo porque sea una tradición ancestral, sino porque, además, obedece a una ponderable racial, cultural. Mientras exista un glóbulo rojo negro que navegue en la corriente sanguínea de la gente de nuestra costa caribeña colombiana, ese glóbulo rojo negro experimentará la sensación vaga, indefinible y sedienta del retumbar de un tambor, de la quejumbre bronca de una *caña'e millo*, o de un sorbo de ron.



Mane Arrieta.

(Esta conferencia fue leída originalmente en la Academia de la Historia de Cartagena de Indias, 27 de agosto de 1998.)

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ARRON, Juan José. "Cimarrón: Apuntes sobre sus primeras documentaciones y su probable origen". *Anales del Caribe*. Centro de Estudios del Caribe. Casa de las Américas. La Habana, Cuba. 2/1982. Págs. 174, 185.

ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. "Capítulo XIV: Del inicio de la trata de negros esclavos en América, de su relación con los ingenios de azúcar y del vituperio que cayó sobre Bartolomé de las

Casas". Págs. 316-383. "Capítulo XXIII: De la primera rebelión de negros que hubo en América". Págs. 458-467. La Habana. 1991. Editorial de Ciencias Sociales.

CASTILLO MATHIEU, Nicolás del. *La llave de las Indias*. Ediciones El Tiempo. Bogotá. 1981.

CASTILLO MATHIEU, Nicolás del. *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*. Instituto Caro y Cuervo. LXII. Bogotá. 1982.

FRIEDEMANN, Nina S. de, PATIÑO ROSELLI, Carlos. *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. LXVII. Bogotá. 1983.

ARRÁZOLA, Roberto. *Palenque, primer pueblo libre de América: Historia de sublevaciones de los esclavos de Cartagena*. Cartagena. Ediciones Hernández. 1970.

ARCOS, Dr. (DELGADO, Camilo S.). *Historias y leyendas de Cartagena*. "El Rey de Arcabuco". J.V. Mogollón. Cartagena. Noviembre 7, 1947. Tomo IV. Págs. 11-23.

ROMERO JARAMILLO, Dolcey. "Benkos Biho y Palenque". *El Heraldo Dominicano*, Barranquilla. Agosto 24 de 1997. Págs. 10 y 11.

MEGENNEY, William W. *El palenquero. Un lenguaje post-criollo de Colombia*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. LXXIV. Bogotá. 1986.

NAVARRETE, María Cristina. "La Provincia de Cartagena y su área de influencia en el siglo XVII. Espacio y población". *Huellas, Revista de la Universidad del Norte*. Barranquilla. N° 47 y 48 (vol. doble). Págs. 28 a 37.

CAMARGO FRANCO, Jaime E. *Caribe soy. Raíces musicales afroantillanas*. Editorial Salsa y Cultura. Medellín. 1994.

CAMARGO FRANCO, Jaime E. "El ancestro bantú de la cumbia". *El Periódico de Cartagena*. Solar. Año I. N° 34. Enero 28, 1996, Págs. 10 y 11.

ROMERO JARAMILLO, Dolcey. "La Independencia y los esclavos". *El Heraldo Dominicano*. Barranquilla. 20 de julio, 1997. Págs. 8 y 9.

LONCKE, Joycelynne. "The evolution of the negro and the problem of identity". *Anales del Caribe*. Centro de Estudios del Caribe. Casa de las Américas. La Habana, Cuba. 1/1982. Págs. 285-292.